¡CESE LA REPRESION!

"En nombre de Dios y en nombre de este sufrido pueblo: ¡Cese la represión!"
(Mons. Romero)

editorial

UNA HISTORIA TRISTE

Dos policías uniformados arrastraban penosamente su jeep en la redoma de Petare. Sudaban entre el barro, las caras pegadas a las rejas. No pidieron ayuda. Y los muchos peatones que cruzaban no la ofrecieron tampoco. Más aún, desviaban las miradas del carro de policías, como éstos evitaban fijarla en los transeúntes. Era una escena dolorosa. Evidenciaba el desencuentro entre el pueblo y aquéllos que la ley pone para garantizar su seguridad. Más triste todavía: el desencuentro entre el pueblo y aquéllos de los suyos que trabajan en los cuerpos de seguridad, pero que en su vida privada sufren la misma falta de servicios, la misma carestía de todo, los mismos problemas de vivienda y hasta la misma explotación y desconsideración en el trabajo y, lo que es el colmo, la misma falta de seguridad en su barrio. ¿Cómo se ha llegado a esta brecha entre el pueblo y las distintas policías? ¿Cómo se ha llegado a ese patológico desdoblamiento en aquella gente popular que buscando un empleo seguro se mete a policía?

Existen, es innegable, fallas humanas. Es verdad además que investir el estereotipo ancestral de macho armado (y amparado por la ley) es fuente de la tentación casi irresistible de abusar. Pero desgraciadamente hay más que eso. A los policías los indoctrinan, les inculcan sistemáticamente que la gente mal vestida y de color es virtualmente delincuente, que hay que mirarlos con desconfianza, que hay que imponerse sobre ellos, que esa gente no responde a razones sino a las demostraciones de fuerza. Que la policía está para mantener el orden y a la gente de orden (blanca, bien vestida, propietaria); a ellos hay que tratarlos con deferencia, más aún con cuidado porque pueden tener influencias y los pueden meter en un paquete.

Esto no es difamar. Todos sabemos que es así y en primer lugar lo saben quienes dan estas instrucciones. Pero como la cosa viene de antiguo, como antes era peor, como la gente popular está acostumbrada y como a los que tienen voz y poder la cosa les toca de lejos, todo sigue igual. Porque el pueblo no tiene dolientes.

UNA DECISION POLITICA

Pero hay mucho más. Hasta los años 70 la burguesía en nuestro país hegemonizaba al pueblo. Quienes estaban en el poder eran tenidos por sus representantes. Los políticos lograron convencer al pueblo de que con ellos sus intereses estaban defendidos. Más aún, la mayoría de los que mandaban eran de origen popular, luego era el propio pueblo el que estaba en el poder. Este trabajo de ideologización se apoyaba en realidades indudables, sobre todo un difuso igualitarismo social y una mejora persistente de la situación. Era cierto que unos pocos subieron muchísimo más, pero a fin de cuentas a todos nos tocó algo. La prédica de la igualdad política, la lenta pero efectiva dotación de servicios mínimos y la palanca de la educación expresaban una voluntad y un camino hacia la democracia real. Desde el comienzo de esta década la tendencia se invierte: se deterioran gravemente los servicios, se erosiona sustancialmente el salario, crece la desnutrición, reaparecen las enfermedades endémicas, cada vez hay menos viviendas, peores y más caras, aparece el fantasma del desempleo, la educación discrimina... Con estos índices es ya imposible sostener un discurso de carácter popular. Decir que gobierna el partido del pueblo es simplemente un sarcasmo. Más aún cuando no hay ninguna voluntad política de rectificar, cuando todas las

medidas tienden a cargar sobre los hombros del pueblo el peso mayor de la crisis: la inflación recae sobre todo en los bienes de consumo popular, sube el transporte, se acaba la gratuidad de los servicios médicos, se estancan las partidas de gasto social...

Si el gobierno deja de conducir al pueblo, no tiene más salida que reprimirlo. Y ésa es la opción que ha tomado. Desde el comienzo de esta década y cada vez más descarada y masivamente las policías han pasado a ser instrumentos principales de gobierno. Su finalidad no es ya sólo la tradicional de proteger la seguridad ciudadana, vigilar los espacios públicos y perseguir a asaltantes y asesinos y desmantelar las organizaciones criminales. Ahora se le ha asignado otro objetivo: intimidar, bajarle la cabeza, humillar, achantar al pueblo maltratándolo de entrada, llevándoselo sin causa, forjando expedientes, procediendo de intento con absoluta arbitrariedad. La finalidad de esta conducta es poner al pueblo contra el suelo para que no proteste y no se organice, para que se mantenga a la defensiva, dándose por contento si no se los llevaron o si los soltaron rapidito.

El resultado de esta política salta ya a la vista: el pueblo teme tanto a la policía como a los malandros. Se siente absolutamente desamparado. Por otra parte nos consta que no pocos agentes y oficiales sufren sinceramente esta misión impuesta, que colide con sus más íntimos sentimientos.

IGLESIA Y PUEBLO

Este es el trasfondo del manifiesto de los curas y religiosas de Petare. Por eso se los tachó de subversivos. Las explicaciones posteriores sólo intentaron contener la reacción de sectores influyentes ante tamaño exabrupto. Pero no hay que llamarse a engaño: sacar a la luz pública esta política del gobierno (que atenta contra la esencia misma de nuestra democracia) va a resultar cada día más comprometido y peligroso. Y defender al pueblo de esta agresión sistemática va a implicar padecer esa misma agresión.

El gobierno busca neutralizar a la jerarquía pidiéndole que acepte esta política como usos necesarios, aunque algo rudos, y que en privado denuncie algunos abusos que le toquen más de cerca. Es decir el gobierno garantiza la seguridad de la institución eclesiástica si la institución eclesiástica abandona al pueblo. Para eso el gobierno desearía que la propia institución se contradistinguiera más del pueblo. Por eso se desconcierta ante lo que se le viene encima: varones y mujeres jóvenes nacidos en Venezuela y pertenecientes simultáneamente a la institución eclesiástica y al pueblo venezolano. Ya los han metido a la cárcel decenas de veces. Es el caso del padre Pablo González a quien, por defender a unos jóvenes en Petare, golpeó la policía y arrastró varios metros por los cabellos. De él dijo el Cardenal que "su actitud fue muy evangélica, con sotana o sin ella". La vida religiosa venezolana, desde sus más altas instancias, camina en esta dirección: llegar a ser pueblo consagrado, como lo fueron Jesús o María de Nazaret, modelos no sólo de una actitud interior sino de un modo histórico muy concreto de ejercerla. Como resumió Puebla "Jesús de Nazaret nació y vivió pobre en medio de su pueblo" (190). Esa es también nuestra aspiración y, desde ahí, atender a todos. En cuanto esta línea se consolide en nuestro país nos toparemos sistemáticamente con la policía que nos reprimirá como al resto del pueblo.

Estamos convencidos de que sólo si la institución eclesiástica se acerca hasta las personas empobrecidas, vive sus problemas, sus sufrimientos y carencias, siente sus injusticias y las dice, sólo si la Iglesia los defiende siempre públicamente, podrá verse obligado el Estado a echar atrás en esta política atroz de represión popular. Por eso juzgamos que las declaraciones del Cardenal a El Nacional (que reproducimos en documentos) no las ha inspirado la carne ni la sangre sino el Padre que está en los cielos. A él le pedimos que la jerarquía y sobre todo el propio pueblo cristiano, sujeto principal de la Iglesia, no las desmintamos por miedo o comodidad sino que las hagamos vida con su gracia. Quiera nuestro Dios que cambie el papel que el gobierno designa a la policía para que ésta se reconcilie con el pueblo al que pertenece y lo proteja, como tan vivamente lo anhelan los habitantes de zonas populares y no menos los buenos policías.